
INTRODUCCIÓN
CRISTIÁN WARNKEN

Abrí los ojos y lloré...

"...de aquí voy arriba, para no ser ciego nunca..." (Dante)

Nada más difícil que pintar o dibujar las visiones de Dante de *La Divina Comedia*: sólo a Doré y a Botticelli uno puede permitirles ilustrar lo indecible que ya está nombrado por la palabra poética. Porque, en el caso de Dante, al revés de lo que dice el sentido común, "un verso vale lo que mil imágenes".

Para ver el Infierno, el Paraíso y el Purgatorio de *La Divina Comedia* hay que cerrar los ojos y escuchar la música de los tercetos del vate florentino. Con eso es suficiente y yo diría "demasiado", porque la poesía opera aquí con la misma inmediatez y efecto que la música.

En varios pasajes de *La Divina Comedia*, sentimos ese temblor y temor que sintió Nietzsche ante la música, al oír la poesía dantesca: en el encuentro del poeta con Paolo y Francesca, en el reencuentro con Beatriz, en la despedida de Virgilio, etc. Ahí, parafraseando al pensador alemán, podemos decir: "sin la poesía, la vida sería un error".

Tal vez el Infierno, el Purgatorio, el Paraíso sólo puedan ser "oídos" desde la poesía y toda ilustración sea sólo una cita al pie de la página del poema, un excedente de lo ya dicho y "visto" poéticamente.

Por eso, cuando entré al Museo de Arte Contemporáneo de Valdivia a ver la exposición de Alfredo Echazarreta sobre *La Divina Comedia*, me preparé para encontrarme con ilustraciones de un talentoso pintor chileno sobre la obra cumbre de la poesía de occidente, como un ejercicio más de aproximación a lo indecible.

Dante en un episodio del Purgatorio, antes de entrar al Paraíso le habla a los lectores y les pide que no lo sigan en la travesía que viene, pues ésta claramente los excede, los sobrepasa:

"¡Oh, vosotros los que en una lancha pequeña, deseosos de escucharme, seguís detrás de mi barco, que cantando navega, volveos a ver de nuevo vuestras playas! No os adentréis en alta mar, porque tal vez, perdiéndome, quedaríais extraviados" (Paraíso, Canto II).

Pensé que a Echazarreta le pasaría algo similar y retrocedería ante lo imposible, conformándose con hacer sólo una bitácora aproximativa del viaje numinoso.

San Juan de la Cruz dijo, en un trance similar: "éntreme donde no supe..." Echazarreta entró donde no sabía, y eso sólo se hace cerrando los ojos y saltando al vacío.

Creo que el pintor cerró los ojos y los mantuvo cerrados durante todo el viaje, como un Ulises visual. Un pintor, en la travesía de *La Divina Comedia*, debe pedir que le coloquen una venda para no caer en la tentación de ver lo irrepresentable, así como el navegante griego pidió que tapan los oídos para no escuchar a las sirenas.

Las sirenas en este caso son las tentaciones que tiene cada pintor de "ilustrar" la

poesía. Echazarreta cerró los ojos y, más que ilustrar, soñó *La Divina Comedia*. No hay otra manera de viajar con Dante: descender con él en una Katábasis al propio inconsciente, en un viaje paralelo y solitario, en el que habrá que perderse varias veces, en el que habrá que “errar”. “Leer es errar”—dice Pascal Quignard—, pintar también es errar.

Yo creo que Virgilio y Dante cerraron los ojos desde el momento en que entraron en el Infierno, y su descenso fue en paralelo: cada uno soñó su propio descenso, como el Dante el suyo. Y cada Paraíso fue distinto, en cada una de sus almas. Cada uno de nosotros debe reescribir o pintar su propia *Divina Comedia*, como ya lo hicieron Borges, Zurita y otros.

Echazarreta viajó como un buzo táctico hasta las profundidades de su “ánima” y desde ahí nos trajo estas imágenes, que no son ilustraciones del poema del Dante, sino otro viaje suscitado por el viaje de Dante. Y digo “ánima” (el concepto es de Jung) y no alma, porque estas imágenes sólo pudieron haber sido vislumbradas desde ahí, tanta es su delicadeza, su pureza,

pocas veces alcanzada en la pintura chilena. El pintor descendió como otros han descendido antes con los ojos cerrados y vio —como dijera Rimbaud— “lo que el hombre creyó ver”.

Creí haber visto *La Divina Comedia*. Las pinturas de Echazarreta me revelaron que todavía no había visto nada. Tengo que descender de nuevo, soñar el poema, no volver a leerlo. Cada uno de los que leemos *La Divina Comedia* debemos hacerlo. El divino poema espera de nosotros eso: un salto a la otra orilla, no un comentario, análisis, no una comprensión filológica o simplemente estética. El poema es nuestro Virgilio: un guía para que hagamos un viaje único e irrepitable, que nadie ha hecho antes, una caída a la manera de Altazor hasta el fondo de nuestras más íntimas sílabas.

Por eso, no puedo “comentar” las visiones de Echazarreta. Cada una de ellas me hizo cerrar los ojos, abrirlas y llorar, porque sentía que estaba tocando el alma de un hombre, lo más íntimo y delicado, lo más increíble, en las fronteras de Eros y Tánatos, ahí donde sólo queda dar un grito o cantar como Orfeo. Esta es una pintura órfica que transforma alquímicamente los colores en sustancias del “ánima”.

En un tiempo de imágenes obscenas, de pornografía visual, en que han desaparecido el secreto, el misterio, el pudor, viajar con Echazarreta por su propia ánima desnuda, nos conmueve, nos devuelve a la patria común de la que fuimos expulsados después de las vanguardias: la de la Belleza. Regresamos a la experiencia de la belleza y ella es todavía posible, no es anacrónica, porque ya pasó el tiempo en que había que injuriarla.

La mayoría de los visitantes contemporáneos, ante una obra de arte, una ruina, un poema como este, probablemente se sacaría una “selfie” en cada círculo del Infierno, Purgatorio y Paraíso. Echazarreta no ha sucumbido a esa tentación narcisista: no hay selfies aquí, sino visiones, visiones que no vienen desde el “ego” sino desde el “Self” (el ‘si mismo’). Estas son —entonces— selfies pero del “self”.

Gracias, Alfredo, por este sueño adentro del sueño. Gracias por cerrar los ojos para abrirnos las visiones, Gracias por el Amor, la Belleza, aprehendidos pero nunca secuestrados. Con tus redes de pescador de imágenes trajiste corales, peces, sirenas desde el interior de la palabra (el Logos de Dante)

para mostrárnoslas, pero para devolvérselas inmediatamente al mar, al mar del poema. Sin posesión, sin avidez, sin “hybris”.

En estas pinturas de Alfredo Echazarreta vi a Dante y vi a Ulises, vi a Beatriz y a Calipso, vi a Paola... y lloré. El Arte no nos hace dueños de las imágenes, sino nos hace “ser” un instante con las imágenes, pero en ese instante extático somos, vemos. Saltamos a la otra orilla, la del Leteo y la del río de los rostros sucesivos del Amor. Y la de Mnemósyne: porque ver adentro del sueño es recordar, recordar lo que alguna vez olvidamos. El amor, la belleza, la vida y nuestra propia muerte nos son dadas, pero éstas vuelven a escapar. Eso lo saben los grandes artistas, que nunca poseen el milagro que se les da, sino que lo devuelven:

*“Amor, belleza, vida, la palabra.
Nunca deshechos, nunca capturados”*
(Eduardo Anguita)

CRISTIÁN WARKEN
MARZO 2016